
La
TENTACIÓN
y el
TRIUNFO
de
CRISTO

Russell D. Moore



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Tempted and Tried*. copyright © 2011 por Russell D. Moore. Publicado originalmente en inglés por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187, U.S.A. Todos los derechos reservados.

Título en castellano: *La tentación y el triunfo de Cristo* © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Publicado con el permiso de Crossway. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVR1977” ha sido tomado de La Santa Biblia, Reina Valera Revisada® RVR®, copyright © 2017 por HarperCollinsChristian Publishing®. Usado con permiso. Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con “RVC” ha sido tomado de la Reina Valera Contemporánea® © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NBV” ha sido tomado de la Nueva Biblia Viva, © 2006, 2008 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con “TLA” ha sido tomado de la Traducción en Lenguaje Actual © 2000 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “PDT” ha sido tomado de la versión Palabra de Dios para Todos © 2005, 2008, 2012 Centro Mundial de Traducción de La Biblia © 2005, 2008, 2012 World Bible Translation Center.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5902-3 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6802-5 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7624-2 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A Samuel Kenneth Moore:

Dios escuchó nuestra oración cuando clamamos por ti.

Oro pidiendo que tú escuches tu nombre
cuando Él te llame (1 Samuel 1:20; 3:10).

CONTENIDO

RECONOCIMIENTOS	9
1. LA LUCHA CONTRA DEMONIOS	13
<i>Por qué importa la tentación</i>	
2. EL MATADERO	25
<i>Por qué estás a punto de arruinar tu vida</i> <i>(especialmente si no lo sabes)</i>	
3. MORIR DE HAMBRE	59
<i>Por qué preferimos alimentar nuestros apetitos en</i> <i>vez de recibir la provisión de nuestro Padre</i>	
4. CAÍDA LIBRE	95
<i>Por qué preferimos tener razón en lugar de ser rescatados</i>	
5. REINADO DEL DESIERTO	127
<i>Por qué preferimos ser magnificados antes que crucificados</i>	
6. DONDE NO VIVEN LOS MONSTRUOS	159
<i>Por qué puedes resistir la tentación</i> <i>(especialmente si no puedes ver cómo)</i>	
7. (NO UNA) CONCLUSIÓN	189

RECONOCIMIENTOS

Me gustaría decir que escribí este libro en el desierto, en una caminata de cuarenta días de oración y ayuno. Pero no fue así como sucedió. En cambio, me fui a casa. Mi familia y yo dejamos el torbellino de nuestras vidas en Louisville y nos dirigimos al sur hacia nuestra ciudad natal de Biloxi, Mississippi, justo cuando la primavera daba paso al verano. La mayor parte de este libro se escribió allá, con vista a mi amado Golfo de México desde una habitación frente al mar, o escuchando el ruido de los tranvías en el barrio francés de New Orleans. Y debo decirte que, sí, me declaro culpable de limpiar una mancha de azúcar en polvo de la página recién terminada sobre la tentación de convertir piedras en pan, dándome cuenta de que su escrito estaba acompañado por pastelitos y café con leche.

Para este tiempo me hallaba endeudado más allá de las palabras con el presidente R. Albert Mohler y con la junta administrativa del Southern Baptist Theological Seminary. Me sorprendieron en mi quinto aniversario como decano con este mini sabático, y era lo que yo necesitaba para llevar a cabo este proyecto. Estoy agradecido con el presidente Mohler y mis colegas, especialmente Dan Dumas, Randy Stinson, Chuck Lawless y Don Whitney, por encargarse mientras estuve lejos de mis responsabilidades, que incluyen los ejercicios de graduación de mayo. También agradezco a mi congregación, el campus de Fegenbush Lane de Highview Baptist Church, por concederme generosamente una licencia durante este tiempo.

Reconozco con gratitud a las personas a las que supongo suelen llamar mi “equipo de asistentes”, aunque a mí me parecen más auténticamente mi familia: Robert Sagers, Christopher Cowan, Katy Ferguson, Phillip Bethancourt, Ruthanne McRae y Daniel Patterson. Estoy particularmente en deuda con Robbie Sagers, mi colaborador, estudiante y amigo por su trabajo continuo en este y muchos otros proyectos, y a Daniel Patterson, quien editó cada capítulo a medida

Reconocimientos

que yo lo terminaba, y cuyos atinados comentarios me resultaron muy valiosos.

Estoy agradecido con el equipo de Crossway, especialmente Justin Taylor, quien alentó este proyecto desde el principio, y por las labores diligentes de mi editor, Ted Griffin.

Mi esposa Maria, una bella mujer de Ocean Springs, hizo posible este proyecto con su dulzura y eficacia como compañera y confidente. Mientras yo escribía, ella supervisaba a cuatro niños pequeños cuando paseaban por las playas y los alrededores de nuestra ciudad natal. Maria leía cada capítulo a medida que yo los escribía, y proporcionaba comentarios útiles a medida que avanzábamos. Un beneficio inesperado de eso es que estoy muy seguro, después que ella leyó el capítulo 1, que nunca más tendré que volver a recorrer el vestíbulo de un hotel bajo la lluvia.

Doy gracias a Dios por mis cuatro hijos. Dedicué mi último libro, *Adopted for Life*, a nuestros hijos mayores, Benjamín y Timothy; y dedico este a nuestro tercero, el inimitable Samuel Kenneth Moore, quien en el momento de escribir estas páginas tiene cinco años de edad. Primero “conocimos” a Samuel en lo que creíamos que eran los síntomas de (otro) aborto espontáneo. Después de haber pasado por esto muchas veces antes, estábamos casi atontados, y programamos la cita habitual con el médico. El ultrasonido allí mostró lo que nunca esperamos ver: un corazón palpitando. Aunque durante todas las semanas del embarazo temíamos que dejara de latir, para nuestro gran gozo ese corazoncito sigue palpitando, y trae alegría a nuestro hogar cada mañana que despierta. Cada vez que veo ese pequeño rostro recuerdo el significado de su nombre: que nuestro Dios escucha.

Samuel me preguntó a menudo a lo largo de este proyecto cuándo iba a terminar con “el libro sobre el diablo”. Al igual que todos nosotros, él se encontrará un día con ese espíritu maligno de los lugares desolados. Mi oración por él es que, cuando llegue ese día, escuche la voz del Dios de sus padres. Igual que nuestro Señor Jesús, oro porque Samuel distinga la voz de su Dios de la voz de la serpiente impostora. Y oro porque mi Samuel, como el profeta por quien lleva su nombre, lleve la espada del Espíritu, la Palabra de Dios dentro de su corazón y corte en pedazos la tentación delante del Señor (1 S. 15:33). Ruego que él esté a la altura de su nombre.

Tentados y probados, a menudo nos lleva a cuestionar
por qué debe ser así todo el santo día,
mientras otros que viven a nuestro alrededor,
nunca son molestados, aunque viven en maldad.

Más adelante sabremos todo en cuanto a esto,
más adelante entenderemos la razón;
alégrate, hermano mío, vive bajo el sol,
entenderemos todo más adelante.

HIMNO POPULAR SUREÑO

1

LA LUCHA CONTRA DEMONIOS

Por qué importa la tentación

Allí me encontraba yo, de pie en el vestíbulo de un hotel con una mujer desconocida, con el ritmo cardíaco acelerado y una conciencia culpable. En muchos sentidos, la situación no era tan mala como parece al estar escrito en esta página. Pero en muchas maneras fue aun peor. En realidad, no hice nada malo, y sin duda no me proponía hacerlo. Pero ese era sencillamente el problema. Sin darme cuenta, me asusté de lo atolondrado que me hallaba respecto a toda la situación.

Había llegado aquí en forma accidental. Mi familia y yo conducíamos —creo que a través del estado de Tennessee— cuando surgió una de esas tormentas repentinas, de las que llenan de lodo resbaladizo la superficie de la carretera y el parabrisas se cubre con gotas de barro a las que el limpiaparabrisas parece incapaz de seguirle el ritmo. Aunque no habíamos llegado tan lejos como yo esperaba, la lluvia simplemente no cesaba. Estacioné la furgoneta fuera de la carretera y dejé a mi familia en el vehículo mientras corría a averiguar si había habitaciones libres en un hotel cuyo letrero habíamos visto a través de la tormenta.

Esperé en la fila en recepción. Me hallaba agotado e irritado, debido sobre todo a la lluvia y al estribillo casi como un mantra hindú que venía del asiento trasero —“Papá, él me está golpeando”— que se repetía una y otra vez. Mis pensamientos se movían raudos por todas

partes mientras esperaba que nos registraran, pasando de ideas de sermones a números presupuestarios y estrategias de crianza de hijos.

La recepcionista, una mujer joven, hizo una mueca forzada, luego un guiño y una media sonrisa, indicando que se había dado cuenta de que había sido un día difícil. “Bueno, hola”, saludó, y tan pronto como lo dijo observé que me recordó a una amiga que había conocido en la universidad. Creo que tenía hoyuelos en las mejillas, y se echó el cabello hacia atrás, sosteniéndolo allí con la mano durante un instante mientras revisaba si esa noche había disponibles dos habitaciones juntas, una para mi esposa y yo, y otra para los niños. Cuando me llamó por mi nombre de pila, sentí un sobresalto en el estómago, como la sensación que tienes en la décima de segundo en que la montaña rusa trepa rechinando hacia lo alto de la cima, justo antes que puedas ver la pendiente frente a ti. Empecé a preguntar: “¿Cómo sabes mi nombre?”, antes de darme cuenta de que ella estaba leyéndolo en mi tarjeta de crédito.

Mientras esta mujer esperaba que la máquina de la tarjeta de crédito completara mi recibo y creara mi llave automática, hablamos de la lluvia afuera y de cómo el tráfico se había congestionado debido al partido de béisbol en el estadio cercano de la escuela secundaria. La mujer se rio de mis pequeñas bromas. Se burló de mi cabello empapado por correr bajo la lluvia. Sentí que estaba otra vez en la universidad, o tal vez incluso en la escuela secundaria. Yo no tenía que hacer de arbitro entre disputas sobre quién tenía los juguetes de quién ni explicar cómo la predestinación y el libre albedrío actuaban juntos en la Biblia. No tenía que pagar una hipoteca ni decirle a un miembro de la facultad que no podía darle un aumento de sueldo. Y me gustó.

Justo en ese momento escuché una palabra que nunca pensé que me aterraría, pero lo hizo, solo esta vez. Oí “papito”. Y entonces la escuché de nuevo. “¡Papito!”, exclamó mi hijo Samuel de tres años de edad mientras atravesaba el vestíbulo encima del carrito de equipaje empujado por sus dos hermanos mayores. “¡Mírame!”.

Lo miré y me sequé una gota de sudor de la frente mientras comprendía que había olvidado por completo que mi familia me esperaba afuera en la furgoneta. Mientras firmaba el impreso de la tarjeta de crédito noté que mi voz y mi lenguaje corporal hacia la recepcionista de repente se habían vuelto un poco más formales.

Sentí como si me hubieran atrapado haciendo algo malo, y esto me inquietó. Mientras empujaba el carrito de equipaje dentro del ascensor (“Benjamín, no te cuelgues de eso”; “No, Timothy, no puedes comprar esa bebida energizante de cuarenta onzas en la máquina expendedora”), mentalmente me aseguré que todo estaba bien. No *había* hecho nada; ni siquiera de cerca. Pero por alguna razón le había puesto atención a esa mujer, y lo que es peor, no me había fijado que le presté atención hasta que mis hijos me interrumpieron.

Bueno, por una parte, no había sucedido nada. No la había —para usar el lenguaje bíblico para tal situación— “codiciado”; no la había deseado en mi corazón. Solo había conversado con ella durante un minuto. Temo que pienses en mí como alguna clase de predicador lascivo y pervertido cuando, aunque no conozco todas mis debilidades, no creo que sea particularmente vulnerable en este punto. No suelo “revisar a las mujeres” cuando pasan (y volteo los ojos cuando veo a otros hombres que lo hacen). Además, el interés de esta mujer en mí era nulo. Si ella leyera acerca de esto, estoy bastante seguro de que no recordaría el asunto. Y si lo recordara, probablemente diría: “¿Te refieres a ese hombrecito que parecía un grillo? Bueno, que Dios lo bendiga”.

Pero el caso es que me asusté, y no me asustó lo que pasó de veras, sino cuando reflexioné en lo que pudo haber ocurrido. ¿Y si yo no hubiera estado viajando con mi familia sino en un viaje a solas de negocios, como a menudo me sucede? ¿Y si ella se hubiera interesado en mí? Por un momento, solo un momento, yo había olvidado quién era, quién soy. Esposo. Pastor. Hijo. Cristiano. Papá. Fui sorprendido por el pensamiento: *Empieza así, ¿verdad?* Comienza como una serie de inocentes desviaciones, que gradualmente llevan a algo más y algo más. Lo que más me asusta es preguntar cuántas de tales situaciones han sucedido en mi vida en que no tuve el momento clarificador de “despertar” ante el horror que me rodeaba. Me asustó pensar en cómo algo como esto podía ocurrir de forma tan natural. ¿Y si yo no hubiera terminado accidentalmente en el vestíbulo de ese hotel en el punto exacto de agotamiento e irritabilidad? ¿Y si se me hubiera estado guiando a esto?

Un amigo mío me escuchó hablar de mi susto en el vestíbulo del hotel y me indicó un individuo mayor en la fe que había escrito

sobre una situación sorprendentemente parecida, también con su hijo, varios años antes en un restaurante. Después de eso me he topado con muchos hombres y mujeres que han tenido momentos similares de terror al mirar detrás del velo de sus propias tentaciones. Mi historia no era única, y tampoco la tuya. Hay algo desenfrenado allá afuera, y algo desenfrenado aquí adentro.

La Biblia ubica este desenfreno en la tragedia universal del Edén, tragedia que el Espíritu sitúa de lleno en nuestra propia alma y también en la historia. Sin duda, el canon de las Escrituras nos muestra rastros de sangre desde la misma frontera exterior del Edén. La historia bíblica cambia inmediatamente del Paraíso a descripciones de asesinatos, embriagueces, incesto, violaciones en grupo, poligamia, etc., hasta cualquier cosa que esté pasando contigo. Pero entre nuestra historia cósmica y tu historia personal está la historia de Israel, manteniéndolas unidas.

Después del Edén, Dios reveló alguna esperanza a través del llamado de un hombre a quien puso por nombre Abraham, “padre de muchas naciones” (Ro. 4:17, NVI). Los antiguos oráculos afirmaron que, por medio de la descendencia de este hombre, Dios bendeciría a todas las naciones y restauraría el reino en la tierra.

Todo esto parecía estar a punto de suceder cuando Dios, en forma dramática y pública, rescató de la tiranía egipcia a los descendientes de Abraham. Pero entonces, justo tan trágicamente como en el Edén, algo pasó en el desierto. El reino de sacerdotes resultó no estar tan lejos del enemigo como creían. Aún había desenfreno en el desierto.

Dios llamó a una serie de reyes guerreros, hombres de gran renombre que lucharían contra los enemigos y reprimirían el desenfreno. Sin embargo, estos reyes también sucumbieron al libertinaje dentro de ellos mismos —anarquía sexual, egoísmo, materialismo, ocultismo— y el reino sucumbió de nuevo ante el desenfreno externo.

Entonces, en la plenitud del tiempo, Jesús llegó predicando las buenas nuevas del reino de Dios. Tres de los cuatro relatos del evangelio en el Nuevo Testamento nos hablan de una extraña experiencia al principio de la misión pública de Jesús, en la que fue llevado por el Espíritu para ser tentado por el diablo (Mt. 4:1-11; Mr. 1:12-13; Lc. 4:1-13). Él se hallaba lejos de su familia y sus seguidores, en un

lugar desértico en Judea; literalmente se hallaba en “el desierto” o en “los lugares desordenados”.

Jesús fue allá para enfrentar al antiguo enemigo de sus antepasados —y nuestros— y para deshacer lo que se había hecho. Si alguna vez vas a ver el reino de Dios, será debido a lo que sucedió bajo esa luna del desierto, donde los reinos se acercaron, se observaron y durante mucho tiempo se atacaron.

De alguna manera, el espíritu maligno del Edén se le apareció a Jesús. Poetas y artistas han especulado durante siglos sobre cómo debió haber sido esto. ¿Vio Jesús, al igual que Eva antes que Él, la figura de una serpiente allá en el desierto? ¿Se apareció Satanás, según el apóstol Pablo nos advirtió que podía hacer, como un glorioso “ángel de luz” (2 Co. 11:14)? ¿Se apareció, según muestran algunos íconos y pinturas, como un horrible monstruo cabrío con un bocado tentador en la pezuña? ¿O se manifestó el diablo mismo, como lo hace a menudo con nosotros, de manera invisible, pero con insinuaciones dolorosamente personales que se disfrazan como los pensamientos de alguien? Los Evangelios no nos lo dicen. Simplemente nos informan que el diablo estaba allí y que no se quedó callado.

Casi todas las religiones del mundo —y casi toda secta aislada— han sentido que hay seres espirituales allá afuera en el universo, incluso seres malignos superinteligentes que nos hacen daño. El evangelio de Jesucristo confronta directamente esta realidad tenebrosa de una manera que, con frecuencia, nos hace retorcernos a los occidentales contemporáneos.

Las páginas iniciales de las Escrituras nos presentan una enigmática serpiente súper inteligente (Gn. 3:1), un ser identificado más adelante como un dragón (Ap. 12), el jefe de un linaje de seres rebeldes dedicados a una guerra de guerrillas contra el Dios Altísimo. A estos especímenes a veces los han llamado “los vigilantes”. En ocasiones la gente los ha denominado “dioses”, y otras veces los han identificado como “demonios” o “diablos”. La Biblia a menudo los denomina “gobernantes” o “principados” y “poderes”. La Iglesia cristiana ha confesado desde el principio que a estas criaturas las gobierna un antiguo monstruo, conocido por muchos nombres, pero identificado en la Biblia como Satanás. ¿Cómo podría una criatura formada por una deidad

buena retorcerse tanto hasta convertirse en una monstruosidad? Esa no es nuestra historia, y las Escrituras no nos lo dicen. La Biblia describe al mal en última instancia como “el misterio de la iniquidad” (2 Ts. 2:7), y realmente no deberíamos hablar demasiado de lo que no podemos comprender.

Para que Jesús proclamara el reino de Dios, también debía señalar por qué el mundo que fue creado era de todos modos algo distinto a su reino. Jesús, al igual que los profetas antes que Él, nos mostró que el orden cósmico fue secuestrado milenios atrás por estos “gobernadores” y “autoridades” (Ef. 6:12). Al tomar nuestra naturaleza, ofrecerse en la muerte como sacrificio por nuestros pecados y neutralizar la maldición de la muerte en su resurrección, Jesús ha terminado con el derecho que estos poderes demoníacos tienen sobre el universo. Estos poderes no quieren renunciar a su reino de tinieblas, por lo que atacan con furia. Esto significa guerra.

La pura fuerza animal de la tentación debería recordarnos algo: el universo está acechado por demonios. También debería recordarnos que solo hay Uno entre nosotros que luchó con los demonios y prevaleció.

Las tentaciones de Jesús en el desierto nos muestran qué clase de artimañas usarán los poderes malignos contra nosotros. Mientras escribía este libro escuché a un pastor anciano reflexionar en que más de la mitad de las confesiones de pecado que oye en estos días de las personas eran físicamente imposibles cuando empezó su ministerio. Hay mucho de verdad en eso. San Agustín nunca tuvo que aconsejar, como yo he tenido que hacerlo, a una esposa cuyo marido decidió que quiere ser mujer. Tomás de Aquino no tuvo que hablar sobre el tema de juegos electrónicos compulsivos. Y la lista podría ser interminable.

Pero ninguna de estas tentaciones es nueva, solo hay maneras más novedosas de entregarse a tentaciones antiguas. Las tentaciones mismas son, según las Escrituras declaran, comunes “al género humano” (1 Co. 10:13, NBV), y en la prueba de Jesús en el desierto vemos cuán cierto es esto. Aquí las Escrituras identifican para nosotros las tretas universales de la tentación. Seremos tentados exactamente como Jesús lo fue, porque fue tentado exactamente como nosotros somos tentados. Seremos tentados en aspectos de consumo, seguridad y posición

social. Seremos tentados a que nos proveamos, protejamos y exaltemos. Y en el núcleo de estas tres tentaciones hay un deseo común: rechazar la paternidad de Dios.

Más adelante analizaremos que la paternidad de Dios está incrustada en imágenes que vemos a nuestro alrededor en el orden de la creación, especialmente en nuestra naturaleza humana. En algunas formas un padre humano es esencialmente un segundo padre, que en la crianza de los hijos hace algunas de las mismas funciones y los mismos oficios de una madre. Pero también hay distinciones importantes en la comprensión de la mayoría de culturas humanas sobre lo que significa ser un padre. La mayoría de pueblos humanos han visto que los padres desempeñan un papel único en provisión, protección y transmisión de un legado (ya sea a través de una herencia literal o simplemente del papel de modelar lo que significa moldear un futuro personal).¹ Esto no quiere decir que los padres, naturales biológicos, sean los portadores exclusivos de tales roles. Es simplemente que estos arquetipos de paternidad, que se expresan en varias maneras, aparecen reiteradamente en la civilización humana. Algunos atribuirían esto a selección natural evolucionista. Yo diría, en cambio, que este ideal de paternidad persiste debido a algo muy particularmente cierto acerca de la paternidad de Dios en su cuidado, disciplina y administración de la creación y sus criaturas.

La tentación es muy fuerte en nuestras vidas precisamente porque no se trata de nosotros, sino de un asalto por parte de los poderes demoníacos al imperio rival del Mesías. Es por eso que la conversión a Cristo no disminuye el poder de la tentación —como a menudo suponemos— sino que realmente, y contrario a la lógica, lo aumenta. Si somos portadores del Espíritu de Aquel contra quien luchan los poderes del mal, estos intentarán derribar el ícono del Ser crucificado que ven incrustado en nosotros (1 P. 4:14; Ap. 12:17). En última instancia, la agonía de la tentación no se trata de ti o de mí. Somos blanco de Satanás porque nos asemejamos a Jesús, nuestro hermano mayor. Todos los seres humanos, creyentes o no, portamos alguna

1. David Popenoe, *Families without Fathers: Fathers, Marriage and Children in American Society* (New Brunswick, NJ: Transaction, 2009), pp. 140-150.

semejanza con Jesús porque participamos con Él de una naturaleza humana creada a imagen de Dios. Sin embargo, una vez que encontramos la paz con Dios a través de Jesús, comenzamos la marcha de ser conformados más y más a la imagen de Cristo (Ro. 8:29). Los demonios chillan ante la creciente gloria de esa luz, y buscan aún más frenéticamente alejarla de su vista.

Cuando afirmo que tenemos tentaciones comunes, no me malinterpretes. No estoy diciendo que todos experimentamos esta tentación exactamente de la misma manera. Puede ser que nunca te encuentres en la situación que yo experimenté en el vestíbulo del hotel, o en algo parecido. No sé qué sucede contigo. Tal vez tus ojos podrían llenarse de lágrimas al pensar en las palabras que les gritaste a tus hijos esta mañana. Quizás borraste el historial de tu computadora esta semana, prometiéndote que nunca volverás a acceder a esas imágenes. Es posible que lleves esa bolsa vacía de bocadillos en tu cartera para tirarla más tarde, de modo que las personas en tu oficina no la vieran en la basura. Tal vez los medicamentos recetados en el cajón de tu escritorio sean ahora mismo lo único que te mantiene cuerdo, pero temes que estén enloqueciéndote. Quizás no puedas dejar de pensar en el olor del cabello de tu compañera de trabajo o en el tintineo del vaso de whisky en la mesa cercana.

Tal vez aquello que sientes la tentación de hacer es tan descabellado que mi editor no me permitiría imprimirlo aquí, o quizás sea tan aburrido que yo ni siquiera pensaría en mencionarlo. No sé. Pero creo saber lo que está detrás de todo.

Estás siendo tentado ahora mismo, y yo también. La mayoría de veces ni siquiera lo sabemos. Y en cada uno de tales momentos queremos exagerar o subestimar el poder de esa tentación. La exageramos al pensar algo como: "Tengo estos sentimientos, por lo tanto, estoy predestinado a ser esta clase de persona". Subestimamos la tentación al pensar algo como: "No estoy tentado a hacer algo terrible, como adulterio o asesinato. Estoy batallando con esta pequeñez: amargura por mi infertilidad".

Sin embargo, el evangelio trae buenas nuevas a rebeldes tentados como nosotros. Así como nuestra tentación es parte de una historia más amplia, también lo es nuestra estrategia para rechazar su poder.

La lucha contra demonios

El mismo Espíritu que llevó a Jesús al desierto y le dio poder para vencer al diablo, surge ahora a través de todos los que estamos unidos por fe a Jesús. Vencemos la tentación del mismo modo que Él lo hizo: confiando en nuestro Padre y escuchando su voz.

El peligro que enfrentamos actualmente no es cognitivo sino primario. Los demonios piensan. Saben quién es Dios, y tiemblan ante esa verdad (Stg. 2:19). El mero intelecto no puede asegurar que no caigamos “en tentación” o que nos libremos “del mal”. Esto solo puede hacerlo “la fe que obra por el amor” (Gá. 5:6). No estamos simplemente superando algo sobre psicología humana; nos encontramos luchando contra poderes cósmicos (Ef. 6:12), lidiando con un Espíritu similar a un animal que intenta devorarnos (1 P. 5:8).

Esta no es una guía de autoayuda que prometa hacer por la tentación lo que un manual de dietas promete hacer por la obesidad. Algunos de quienes leen esto ahora reconocerán las buenas nuevas de lo que está escrito aquí, y abandonarán todo por un orgasmo o un ego. Pero tal vez haya quienes se crean fenómenos de la naturaleza que dejarán esa carga cuando vean a un Cristo que se identificó con ellos hasta en la tentación. Pide lo que quieras, y encontrarás lo que buscas (Mt. 7:7-8).

Tiempos como este requieren la clase de desesperación que debería llevarnos al único lugar en que podemos hallar refugio: los brazos de Jesús de Nazaret desgarrados por los clavos. El antiguo himno dice: “Tentados y probados, a menudo nos lleva a cuestionar por qué debe ser así todo el santo día”. Este libro no eliminará el misterio de la iniquidad, pero oro porque reavive nuestra facultad de cuestionarnos al respecto. Antes que podamos ver lo que pasa de veras en el desierto allá afuera (y en el desierto en nuestros propios corazones) tendremos que escuchar otra vez el “principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (Mr. 1:1).

En el centro del mensaje del evangelio está Jesús, quien fue tentado y probado en todo modo en que nosotros somos tentados y probados, pero que siempre resultó vencedor. Él es un Sumo Sacerdote con nuestra misma naturaleza que puede orar por nosotros y con nosotros. Jesús es, como Dios anunció justo antes de ser tentado, el “Hijo amado” de Dios. Pero no está solo. Sin duda alguna, Él es “el primogénito”,

pero también es “el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29). Debido a que tenemos un Sumo Sacerdote compasivo, tentado en todo como nosotros somos tentados, entonces podemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:16). ¿Y qué debemos orar? “Venga tu reino. Hágase tu voluntad... no nos metas en tentación, mas líbranos del mal” (Mt. 6:9-13).

Simple y llanamente, seguir a Jesús no es solo una metáfora. Sus primeros discípulos literalmente lo “siguieron” a través del mapa de la Palestina del primer siglo. Jesús declaró: “A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después” (Jn. 13:36). Él dice lo mismo a todos los que lo hemos reconocido en los dos mil años desde entonces. Padeceremos “juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Ro. 8:17). Este padecimiento del que habla la Biblia no es solo persecución política, marginalización social o circunstancias difíciles, como a menudo tendemos a creer. También es el sufrimiento de la tentación, mientras Dios permite que atravesemos el lugar de los poderes del mal.

La escritora Barbara Brown Taylor cuenta que fue a un seminario en el que el presentador dijo que llevaba grupos de estudiantes a la naturaleza salvaje para que experimentaran caminatas y canotaje en “la santidad indómita de lo agreste”. Brown escribe que un participante levantó la mano y preguntó si en esos lugares “hay depredadores que están por sobre ti en la cadena alimentaria”. El guía afirmó que no los hay, por supuesto, porque él no llevaría a sus estudiantes a un sitio en que tuvieran tanto peligro. El miembro de la audiencia contestó: “Yo tampoco lo haría, pero no los engañes haciéndoles creer que han experimentado realmente una tierra salvaje. Solo es salvaje si hay algo allá afuera que pueda comernos”.² Hay algo de sabiduría en esto. Para Jesús hubo algo siniestro, antiguo y depredador allá afuera en el desierto.

Donde nos unimos a Jesús en la tentación, por lo general, no nos parecerá tan aterrador. Encontraremos nuestras tentaciones en un vestíbulo de hotel, en la mesa del desayuno o en el salón de descanso

2. Barbara Brown Taylor, *Leaving Church: A Memoir of Faith* (Nueva York: HarperCollins, 2006), p. 172.

La lucha contra demonios

donde trabajamos. Pero en esos lugares la tentación es igual de inmoral y peligrosa. Y allí, en mil sitios distintos, enfrentaremos tentación en cada una de las maneras que Jesús enfrentó antes en ese desierto asolado por demonios. Si tenemos ojos para ver, reconoceremos que incluso ahora nos dirigimos hacia el lugar desierto. El Espíritu nos llevará a través de la misma senda que llevó a nuestro Hermano Mayor, justo a través del lugar del reino de maldad. Pero no estamos allí por accidente, ni estamos solos.

